

# Acto de homenaje anual en memoria de los españoles desaparecidos en Argentina

Embajada de España en Argentina

**Raquel Macciuci**

raquel.macciuci@gmail.com

*Cuando ya casi era la hora del acto, y me iba acercando al lugar del encuentro, me di cuenta de que cada vez tenía que respirar más hondo... no sé cómo saldrá la lectura, por las dudas, pido disculpas anticipadas.*

En primer lugar, quiero expresar mi agradecimiento al embajador de España, don Javier Sandomingo por abrirnos las puertas de su residencia, agradecimiento extensivo a todos quienes nos han recibido cordialmente.

Gracias también a los familiares de la Comisión de Desaparecidos Españoles y en particular, a su presidenta María Consuelo Castaño Blanco, por considerar que yo podía ocupar este lugar junto a ella. Gracias al público que nos acompaña; en particular, a las queridas madres Taty Almeyda y Adela Antokoletz, a quien sentimos presente en la persona de su hija.

Nos encontramos hoy para honrar la memoria de unos jóvenes, hombres y mujeres, que sufrieron una violencia extrema, inenarrable. Pero también conmemoramos un aniversario más que enaltece a otras personas, algunas aquí presentes, que con suma perseverancia se empeñaron primero en que estos ciudadanos españoles residentes en Argentina recibieran el amparo de quienes podían y debían hacerlo, y más tarde, con igual firmeza, perseveraron en salvaguardarlos del olvido. El lugar no es fortuito, por el contrario, recuerda que unos y otros una vez cruzaron el océano y pasaron a pertenecer para siempre a dos mundos lejanos, pero estrechamente vinculados.

Los padres y las madres que se movilizaron y golpearon puertas, entre ellas, las de su patria, llevaban consigo historias de navegaciones e incertidumbres, de denodados esfuerzos, de batallas ganadas y también perdidas que sin duda

los hizo más sabios y más obstinados en su búsqueda. El duro peregrinar para recuperar con vida a los seres queridos, primero, para salvarlos de la impunidad y de la indiferencia después, tiene un envés, una trama invisible que el paso del tiempo permite descubrir y entrelazar; una trama selectiva, que acerca los espíritus afines en un universo interconectado por encima de fronteras espaciales y temporales.

La muy conocida y evidente adaptación de los españoles migrantes a Argentina siempre fue compatible con la creación de redes múltiples y solidarias para mantener sus raíces y apoyar a otros recién llegados. En algunas ocasiones, los lazos con la patria tomaron un cariz ideológico; fue cuando el arribo no obedeció a la búsqueda de un país más próspero donde labrarse un porvenir, sino a la urgencia de encontrar un lugar donde la vida y la libertad no corrieran peligro. En 1939 el término *emigrante español* empezó a coexistir con el de *exiliado*; y a los numerosos centros regionales existentes se sumaron centros republicanos. En muchas ocasiones, unos y otros se encontraron.

Sería ambicioso de mi parte pretender resumir en pocos minutos el enorme impacto en la sociedad argentina del arribo de miles de derrotados de la guerra civil, como tampoco es posible describir la respuesta solidaria que encontraron «del lado de acá».

En el siglo XXI otras guerras y otras penurias continúan produciendo éxodos masivos. Si bien ahora los estados y los organismos de cooperación cuentan con una batería de recursos, legales, humanitarios, logísticos, para recibir a los damnificados, es evidente también que la actitud solidaria de la población civil, las gentes de a pie, sigue siendo imprescindible.

Más lo fue hace ochenta años, cuando no existía la ONU y la Sociedad de Naciones era apenas un sello bien intencionado.

A riesgo de ser esquemática, es posible delinear dos grandes arterias, con múltiples ramificaciones, de la solidaridad hacia los españoles del exilio de 1939: la que generaron instituciones y ciudadanos argentinos, y las que surgieron de los emigrantes ya instalados.

*Solidaridad*, reza el diccionario, es la 'Adhesión circunstancial a la causa o la empresa de otros'. Para no quedarme en abstractas reseñas panorámicas, hablaré de La Plata, mi ciudad, donde el apoyo al exilio republicano tuvo dos núcleos muy visibles, sin desconocer otros: una nutrida y activa colonia española, y una universidad de vieja raigambre.

Entrelazándose de modo sutil con el motivo que nos convoca, la universidad volverá a mostrar su talante solidario e implicado con la historia cuatro décadas después. En los años setenta, en gran parte debido a su numerosa población estudiantil, la capital de la provincia de Buenos Aires alcanzará el triste privilegio de ser una de las ciudades más golpeadas por el accionar del terrorismo de Estado. Al menos tres españoles fueron secuestrados en La Plata, o entre Berisso y Ensenada, sus polos industriales; quien no era profesora del Colegio Nacional –

Ángela López Marín-, era administrativa de Petroquímica General Mosconi, una de las factorías más representativa –María Seoane Toimil-, o era empleado de un organismo gubernamental, otro nervio determinante de una capital de provincia –José Manuel Monteagudo Ferrero-; todos sectores clave que supieron y saben de persecución y de resistencia.

La Universidad Nacional de La Plata abrió sus puertas con magnanimidad a los exiliados españoles. Los vínculos forjados en las décadas previas, en que la cultura y la academia españolas fueron internacionalistas y cosmopolitas en grado superlativo, contribuyeron sin duda a la política de incorporación implementada por los claustros argentinos. La elevada cifra de docentes que ejercieron en esta universidad tras la caída del gobierno republicano me obliga a ser concisa. En la facultad de Derecho, Luis Jiménez de Asúa fue director del Instituto de Criminología. Por Ciencias Exactas pasaron Pedro Pi Calleja, Esteban Terradas –quien luego cumplió importantes tareas en el Observatorio Astronómico- y Luis Antonio Santaló, profesor de Matemáticas Superior, sin duda uno de los más recordados gracias a que sus libros llegaron también a la Enseñanza Media. La Facultad de Medicina recibió a los médicos Francisco Morán Miranda y Pío Río Horteiga, candidato al premio Nobel, especialista en histología y profesor extraordinario.

En mi facultad, la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, antes de mencionar a los docentes incorporados después de la guerra, es justo recordar al platense José María Lunazzi, memorable educador e investigador de tradición librepensadora y libertaria que se trasladó a España para colaborar en la defensa de la República y llegó a cumplir funciones como consejero de Economía en la Generalitat de Catalunya.

La lista de españoles en «Humanidades», la forma abreviada usada cotidianamente, no empieza por humanistas sino por profesionales de la Medicina, vinculados a través de la carrera de Psicología (que todavía estaba lejos de autonomizarse): eran médicos Emilio Mira y López, especializado en psiquiatría, y Joan Cuatrecasas, delegado de la Generalitat de Catalunya en nuestro país, quien ejerció durante veinte años al frente de las cátedras de neurobiología, psicofisiología y otras materias afines. Cercano al mismo campo de conocimiento, pero alejado por divergencias científicas, destaca José Ángel Garma, discípulo de Freud en Viena e introductor del psicoanálisis en Argentina.

En el campo de la lengua, la literatura y la historia, a menudo unificados por temas comunes, brillan de modo que obvian más referencias, el historiador Claudio Sánchez Albornoz y los filólogos Hernando Balmori y Américo Castro.

A mediados de siglo se incorpora una nueva generación; más que exiliados de la guerra, ya exiliados del franquismo. Se trata de dos jóvenes universitarios, juzgados, encarcelados y huidos del campo de trabajo y detención de Cuelgamuros: Nicolás Sánchez Albornoz, quien terminó sus estudios en la Universidad de Buenos Aires y más tarde fue profesor en distintas cátedras de la carrera de

Historia en La Plata. Compañero de militancia, de cárcel y de fuga, fue Manuel Lamana, que arribó por los mismos años y estudió Letras en esta misma facultad. Transcurridos el tiempo y varias dictaduras volvería a dictar seminarios de su especialidad, la literatura francesa. Constituye un caso aparte María Jesús Núñez Búa: pocos sabían que la profesora de inglés en la carrera de Lenguas modernas había sido una niña del exilio que llegó a Argentina de la mano de su padre, Xosé Núñez Búa, activo militante del Partido Galleguista y elegido presidente de la Diputación de Pontevedra, motivos suficientes para tener que huir después de una breve entrada en la cárcel.

Por fuera de la universidad, la red de solidaridad, más asistemática y menos institucional, también pide empezar por un vecino platense: Edgardo Ricetti, «el Maestro Ricetti». Imbuido de la renovación pedagógica y didáctica de principios del siglo XX, viajó a Francia, de allí pasó a España, y terminó instalando una escuela racionalista en Sabadell. Durante la guerra se le encomendó la dirección de un establecimiento rural destinado a dar refugio a niños de la Barcelona bombardeada por la aviación franquista. Tras la caída de Cataluña se alejó, como tantos, por los Pirineos. Después de muchos años sus antiguos discípulos, que lo daban por muerto, lo encontraron y visitaron en La Plata; hoy el Passatge Edgardo Ricetti, en Sabadell, mantiene su memoria. Edna Coparoni, su esposa, fue una activa madre de Plaza de Mayo, mientras el maestro hacía guardia junto al teléfono aguardando un llamado esperanzador. Murieron ambos buscando a su hijo Ariel, profesor de dibujo y estudiante de Agronomía, secuestrado en Berisso, visto por última vez en el Batallón de Infantería n.º 3, el BIN 3, donde se levanta la actual Facultad de Humanidades. En ocasiones, el hilo invisible de la memoria adquiere una contundencia incontestable.

Por su parte, la arteria solidaria surgida de la migración española tuvo antecedentes que sin duda la potenciaron: el primer centro republicano de Latinoamérica fue fundado en La Plata en 1903 por el profesor Santa Olalla y el librero Martín García, cuya librería, La Normal, todavía existe.

Fueron muchos los profesionales y comerciantes españoles llegados en el anterior entresiglos que se consubstanciaron con los compatriotas del éxodo republicano, algunos por claras convicciones ideológicas, otros por simple empatía.

Ilustran el apoyo continuado de la comunidad hispana el compromiso de los hermanos Juan y Agapito Garganta, atacados por comunistas, sin serlo, por su apoyo al gobierno legal primero y a los refugiados después. Desde 1928 y hasta finales de los cuarenta contribuyeron sin descanso para que el emblemático Club Español de la Calle 6 cambiara su perfil fundamentalmente recreativo en pos de un dinámico espacio cultural donde confluyeron destacados escritores, intelectuales y políticos de la España peregrina.

Como creo que la solidaridad se aprecia más claramente en pequeños detalles, me interesa apuntar que la familia Garganta tuvo entre sus empleados a José Blasco Garzón, notable político de la Segunda República, cuyos cargos

sería prolijo enumerar, desde diputado en Cortes a ministro de varias carteras, terminando en cónsul general del Gobierno del exilio. Aunque probablemente muchos lo recordarán por ser quien preside la célebre fotografía de la Generación del 27, cuando era presidente del Ateneo de Sevilla. Blasco Garzón en Argentina tuvo que ganarse la vida, como tantos transterrados, con labores muy ajenas a sus competencias. Los hermanos Garganta le dieron un puesto de cobrador de seguros, pero Carmen, hija de Agapito, aclara con una sonrisa comprensiva: «en realidad no vendía mucho; era una forma de ayudarlo con un ingreso fijo sin herir su dignidad».

A falta de otras asistencias, la solidaridad brinda básicos auxilios materiales, siempre acompañados de un sustento espiritual. Cuando falta lo esencial es difícil dirimir entre el precio de un pedazo de pan y el valor de un gesto fraternal. Primo Levi recuerda con gratitud a los empleados civiles italianos que en Auschwitz arriesgaban su precaria seguridad para dar alimentos a los compatriotas deportados; e igual sentimiento expresa hacia los *kapos* alemanes que lejos de la crueldad y violencia característica de la mayoría, podían sentir piedad –las palabras que siguen son del mismo Levi– y los golpeaban «casi amorosamente, acompañando los golpes con palabras de exhortación y de ánimo, como hacen los carreteros con los buenos caballos».

También Jorge Semprún manifestó su deuda por el decisivo gesto solidario que recibió al llegar al campo de concentración, *Lager*, de Buchenwald, cuando un prisionero político alemán lo registró como estucador –yesista–, en lugar de estudiante de filosofía, ocupación que le hubiera valido un casi seguro fusilamiento.

Más cerca en el tiempo y el espacio, es pura solidaridad lo que impulsa a un conscripto argentino, sin pensar en su vulnerable situación subalterna de recluta, a ofrecer una manta a María Consuelo al verla tiritar de frío. Soldado raso o alto funcionario extranjero; de nada servía cuando se desafiaba al aparato de terror. La vida era un bien desechable para los detentadores del poder, pero no le importó al diplomático español que yendo mucho más allá de la prudencia agotó todos los recursos posibles para encontrar a sus compatriotas y socorrer a familiares en peligro porque –tomo prestadas las palabras de María Consuelo–: «comprendió desde el principio de la dictadura que se trataba de un verdadero exterminio». Y seguramente ningún protocolo ni normativa obligaba al embajador de España que en una Nochebuena se personó en la cárcel de Devoto para reconfortar a la única y última prisionera de su país, víctima del golpe de Estado argentino más cruel. Ni ha de estar estipulado en ningún manual de diplomacia que otros funcionarios de la embajada recogieran los cabos sueltos más tarde, como lo hicieron, para pedir justicia, reconfortar a los deudos y erigir un memorial.

Porque la identificación con el padecimiento ajeno es un gesto caritativo invaluable aun en las situaciones de mayor bonanza. Carecería de calor humano un mundo que dejara de lado la solidaridad en un hipotético estadio en que las

necesidades básicas estuvieran definitivamente garantizadas. La solidaridad es un plus, un gesto carente de compromiso, sinónimo de generosidad, fraternidad, altruismo, cordialidad. El solidario se pone en el lugar del otro; da sin esperar nada.

Son estas dimensiones de la solidaridad las que otorgan todo su sentido al ímpetu que animó a tantos jóvenes como a los que conmemoramos cada 30 de septiembre. No se comprenderá a fondo su actitud si se reduce a la razón política, más o menos objetiva, más o menos utópica. El hilo invisible que une a todos es el desprendimiento, la entrega entusiasta de lo que no tiene precio. Como una corriente subterránea incontenible, el amor desinteresado anula la distancia entre la tierra de origen y la de asilo, entre el pasado y el mañana; e iguala en una misma querencia a los emigrantes que no olvidaron las penurias del desarraigo cuando llegaron los perseguidos; a los perseguidos que supieron transmitir su moral a una nueva generación y a la nueva generación que la reescribió para su propio escenario histórico.

El testimonio de una sobreviviente de La Plata es elocuente por demás: ante el tribunal que juzgó a los perpetradores, contó cómo ella y otra secuestrada –y desaparecida– se apoyaban mutuamente en un centro clandestino de detención: «Por el mismo miedo, nos acomodábamos cabeza con cabeza, nos hablábamos al oído y cantábamos algunas canciones de la guerra civil española que nos enseñó mi papá, canciones de cuna, como yo las llamo, para darnos un poco de ánimo».

En la imagen fijada por la escultura homenaje –tan cargada de símbolos– la corriente solidaria de la memoria no podía estar ausente. Entre las diversas interpretaciones posibles, es ineludible ver la alegoría del mar; en él, otro hilo secreto une las dos orillas en un flujo de ida y vuelta: la orilla de la patria lejana que no pudieron o no quisieron alcanzar para salvarse quienes hoy nos convocan, devuelve, no obstante, como un espejo, la solidaridad de los españoles «del lado de allá» para con miles de argentinos que hicieron el camino inverso al de sus padres o abuelos en los años setenta, bien llevados por los lazos de sangre, bien atraídos por el gran océano del idioma, ese ADN mágico que acorta distancias. Y aunque España, recién salida de su larga dictadura, no había implementado aún los instrumentos del asilo ni el estatuto de refugiado, igualmente pudo ofrecer el amparo de incontables manos tendidas hacia quienes ahora huían en otra dirección.

El emplazamiento elegido refuerza el significado encerrado en la escultura mural. En el imaginario popular, las embajadas están asociadas a altas políticas de Estado y al glamur de recepciones de ambiente cosmopolita. Felizmente domina esta imagen estereotípica, señal de que discurren tiempos de paz. Pero una embajada guarda otras connotaciones; lo tiene muy presente el viajero que en su más recóndito inconsciente sabe que ante cualquier percance grave, en cualquier lugar del mundo, debe comunicarse con la cancillería de su país. Y lo saben muy bien, en tiempo aciagos, los ciudadanos que no pueden contar con ese precioso camino de regreso al hogar.

Por todo eso, la casa que en este momento nos congrega irradia un poder de síntesis poderoso y una energía benéfica: habla de tiempos de paz sin olvidar los tiempos oscuros; recuerda que alguna vez fue muro y después salvoconducto; es zona de frontera y de tránsito, puente entre el pasado y el futuro. Es, en suma, lugar de memoria, permanencia y continuidad de un puñado de españolas y españoles, reaparecidos, con sus nombres, con sus raíces y con su identidad de doble faz, la de la morada que los vio nacer y la de la tierra que los vio crecer, luchar, soñar. Un hilo invisible que no se corta, una corriente intangible que no se detendrá.

28 de septiembre de 2018

.....  
RAQUEL MACCIUCI es catedrática de Literatura Española II en la UNLP y cofundadora codirectora de *Olivar, Revista de Literatura y Cultura Españolas*. Desde 2008 preside el Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Ha publicado libros y artículos científicos sobre vanguardia y exilio republicano, prosa periodística de creación, literatura y cine, memoria del pasado reciente. Integra el Proyecto Prometeo 2016/133, «Max Aub y las confrontaciones de la memoria histórica». Es directora de los proyectos «Diálogos transatlánticos: España y Argentina. Campo editorial, literatura, cultura, memoria (1940-2013)» (PI+D- H742) y «España y Argentina en diálogo. Literatura, cultura, memoria (1940-2013)» (Agencia-FONCYT y PICT-2016-0623) Página Web: <<http://www.raquelmacciuci.com.ar/>>.